ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

EL PIE IZQUIERDO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES

Y

CELSO LUCIO



MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1894

EL PIE IZQUIERDO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES

Y

CELSO LUCIO

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 12 de Abril de 1894



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MARINA................	Sra. Valverde.
DOÑA AMALIA................	Srta. Blanco.
DON BENIGNO..............	Sr. Rosell.
UN COMISIONISTA (cojo).......	Ruiz de Arana.
EL CORONEL PULGAR........	Larra.
DON INOCENTE............	Santiago.
EL SEÑOR MERINO............	Tamarit.
EL CAMARERO...............	Soto.

LA ACCIÓN EN MADRID

Derecha é izquierda las del actor

ACTO UNICO

Sala de paso de una fonda con puerta al foro y cuatro laterales, numeradas las dos de la derecha con el 1 y el 2 y las de la izquierda con el 3 y 4. Sillas y sofá de rejilla. Una mesa de pino y encima de ésta una bandeja con vasos y botella con agua, palmatorias con velas apagadas, al foro izquierda. Al foro derecha va el sofá de rejilla. En el testero del foro izquierda una tabla con llaves colgadas y en el del foro derecha cuadro de timbres. A la izquierda, velador con libros y periódicos. Dos sillas volantes, una á cada lado, frente al público. Colgaduras en la puerta del foro.

ESCENA PRIMERA

DON BENIGNO, saliendo del cuarto número 4, que es la primera izquierda, sigilosamente, mirando á todos lados. Saca oculto bajo la americana una bota imperial de señora

BEN. ¡Nadie! ¡No hay nadie! ¡Pero estoy perdido! Aquí, aquí, (Señalando debajo de la americana.) aquí llevo una cosa que puede costarme la vida, que puede costarme la mar de puntapiés... (Saca la bota.) ¡Una bota de señora! ¡Y lo grave es, que es de una señora casada, y lo más grave es, que es de una señora casada... con un animal! Es de la mujer del Coronel Pulgar. ¡Voy á llamar á Merino; él como amigo y paisano me aconsejará y me ayudará á salir de este lío sin que me cueste el pellejo! ¡Se lo contaré todo! (Se acerca al cuarto número 1, que es la primera derecha, y llama.) ¡Merino! ¡Merino! ¡Merinito!

ESCENA II

DICHO y SEÑOR MERINO, que sale por la primera derecha ó sea del número 1

MER. (Dentro.) ¿Quién?
BEN. ¡Soy yo, Merino; sal al momento!
MER. (Saliendo.) ¡Benigno! ¿Qué te ocurre?
BEN. ¿Y tu mujer?
MER. Se está peinando.
BEN. Pues cierra, que no nos oigan, ven... ¡ven, Merino, y sálvame!
MER. ¿Pero qué te pasa?
BEN. ¡Merino, estoy en peligro de muerte!
MER. ¿Estás enfermo?
BEN. Peor que eso. Toca aquí (En el pecho.)
MER. ¡Una inflamación!
BEN. ¡Una bota! ¡Mira! (Se la enseña y la guarda.)
MER. ¡Cuerno! ¡Y de mujer! (Reconviniéndole.) ¡Benigno! ¡Benigno!
BEN. ¡Chits! ¡Calla; ahora lo sabrás todo! ¿Tú conoces á nuestro vecino el Coronel Pulgar?
MER. ¡Ya lo creo!
BEN. Pues bien; ¿qué crees tú que haría ese tigre, si á su mujer le faltara un bota?
MER. ¡Comprarle otra!
BEN. ¿Y si en vez de la de su mujer, encuentra la bota de un hombre en su mismo cuarto?
MER. ¡Lo que harías tú; matar al dueño de aquella bota!
BEN. ¡No, Merino, no; porque el dueño de la bota que el Coronel habrá encontrado en su cuarto, soy yo!
MER. ¿Pero, cómo has hecho eso?
BEN. ¡Sin querer! Mira; tú no ignoras que yo he venido á Madrid por unos días, y á esta fonda, porque tu mujer y tú os hospedábais en ella.
MER. Lo sé.
BEN. Pues bien, anoche, como tú sabes que yo, aunque de Cuenca, soy algo pillo, me encontré á unos paisanos en el café y vine-

muy tarde á la fonda algo mareado por unas copitas de *cognac*. Serían las tres; subo la escalera, entro en el piso, todo estaba á obscuras; saco la caja de cerillas, se me cae, me bajo á buscarla, doy dos ó tres vueltas, me desoriento, y por fin, á obscuras, me meto en un cuarto creyendo que era el mío. La misma mesa, las mismas sillas, todo igual; comienzo á desnudarme, y ya había levantado el embozo y la pierna para acostarme, cuando de pronto, y en esta actitud, (Con la pierna levantada.) noto un cuerpo y oigo un ronquido...

MER. ¡Nada, que metiste la pata!

BEN. No, no llegué á meterla. Di un salto, y aturdido, cojo mi ropa, mis botas, y nadando en la obscuridad y nadando en un mar de confusiones, extiendo el brazo y tropiezo con una ballena. No cabía duda, adiviné lo que había en la cama.

MER. ¿Una ballena?

BEN. Una mujer; gastaba corsé. Entonces hallé la puerta, salí, tropecé con este mueble que me orientó (Señalando la mesa del foro izquierda.) y calculando que me había metido en el del coronel, me encerré en mi cuarto y esta mañana, al ir á vestirme, me encuentro conque, aturdido, me traje una bota mía y otra de la ballena, digo de la coronela.

MER. ¡Qué barbaridad! Y tú, ¿por qué no has ido á deshacer el error?

BEN. Hace un momento me dirigí al cuarto de esos señores á devolver la bota de la señora y á excusarme; pero oí gritar enfurecido al Coronel, y me excusé de entrar.

MER. ¿Pues sabes lo que te digo? (Con misterio.)

BEN. ¿Qué? (Se acerca á escuchar.)

MER. ¡Que te huele la cabeza á pólvora!

BEN. ¡Será á bandolina!

MER. Sólo se me ocurre un medio para salvarte.

BEN. ¿Cuál?

MER. Mira: los huéspedes aún no se habrán levantado, y todos tienen las botas limpias á

las puertas de sus cuartos; coge una de cada uno...

BEN. ¿Y pongo una zapatería?

MER. No; y las cambias de lugar, cogiendo tú, para tí, la que te parezca que te está bien; esto dará motivo á confusiones, el Coronel no sabrá quién es el culpable, y tú...

BEN. Eso, eso... y tú me completas el favor, saliendo á comprarme un par de zapatos... porque como no he traído más calzado que el puesto, y el Coronel tiene la compañera de esta bota, si se fija y ve que es de becerro, dice: de don Benigno es, y me tritura.

MER. Pues corro á comprarte los zapatos.

BEN. ¡Ah! Y á tu mujer ni una palabra; es amiga de la coronela, y una indiscreción podría perdernos.

MER. No tengas cuidado.

BEN. Y ahora guárdate esto. (Le da la bota.) En tí no infundirá sospechas, mientras que en mí, la raya en medio y esta corbata rosa me hacen sospechoso para amoríos y calaveradas...

MER. Bueno; ¿y de qué precio quieres los zapatos?

BEN. De los más caros; de ocho ó diez reales: no estamos ahora para regatear.

MER. Perfectamente. Vete á cambiar las botas.

BEN. ¡Adiós, Merino! Eres el Merino más superior que conozco. Adiós. (Vase foro izquierda.)

ESCENA III

EL SEÑOR MERINO; luego DOÑA AMALIA por la primera derecha

MER. Nada; este Benigno es un desgraciado, pero hay que salvarle. Y tiene razón; á mi mujer, ni una palabra. (Llamando.) ¡Amalia, Amalia! ¡Tráeme el saqué!

AMAL. (Dentro.) Voy.

MER. Tengo que salir.

AMAL. (Sale con el saqué y sombrero de copa.) ¡Pero, hijo, ¿dónde vas á estas horas?

MER. (Quitándose el batín y poniéndose el saqué.) Me ha mandado llamar el gobernador...

AMAL. ¿Tan temprano?

MER. Los gobernadores madrugan mucho. Conque hasta luego, hija. (Vase por el foro derecha.)

AMAL. Adiós, y que no tardes. ¡Qué salida tan intempestiva! ¡Dios mío, madrugarán los gobernadores ó me engañará! (Vase con el batín en la mano por la primera derecha.)

ESCENA IV

DON BENIGNO por el foro; luego DOÑA AMALIA por la primera derecha

BEN. (Saliendo por el foro izquierda.) ¡Ya he cambiado las botas! ¡Qué lío va á armarse! ¡Y yo me he puesto una que me aprieta de un modo atroz! ¡Uy, uy! ¡Si apenas puedo andar! (Se sienta.)

AMAL. (Sale llorando.) ¡Ay, ay! ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

BEN. (Levantándose.) (¡Cáscaras! ¡La mujer de Merino!) (Dirigiéndose á Amalia.) ¡Doña Amalia! ¿Qué le pasa á usted?

AMAL. ¡Ay, ay! ¡Don Benigno! Venga usted, corra usted.

BEN. Si no puedo... (Va cojeando y de prisa.) Pero, ¿qué es?

AMAL. Que soy muy desgraciada, que Merino me engaña, que mi marido es un pillo: ¡qué dirá usted que le he encontrado en un bolsillo!

BEN. ¿Un descosido?

AMAL. ¡Una bota de mujer!

BEN. (¡Dios mío, la ha visto!)

AMAL. ¡Ay, ay!... ¡Qué desgraciada que soy! ¡Ay! (Llora.)

BEN. (No, pues yo voy á salvar á Merino. ¿Pero qué la digo yo?)

AMAL. ¿Qué me dice usted?

BEN. Pues eso digo yo, ¡que qué la digo á usted!

AMAL. ¡Que Merino es un granuja! ¡Que los gobernadores no madrugan!

BEN. Ya lo sé; pero... (¡ah! ¡qué idea!) Señora, Merino no es un granuja.

AMAL. ¿Que no?

BEN. ¡No! Y no por haberle encontrado una bota de mujer, crea usted que Merino es un pillo... (*Da un paso y se queja.*) ¡Ay!

AMAL. ¿Qué?

BEN. ¡Hay una circunstancia que le quita á eso toda apariencia de delito!

AMAL. ¿Cuál?

BEN. Como Merino es muy aficionado á las antigüedades, esa bota puede ser...

AMAL. ¿De una vieja?

BEN. No, señora; puede ser una bota histórica, una bota de... Napoleón, por ejemplo.

AMAL. Pero, ¿cómo va á ser de Napoleón, si es una bota imperial?..

BEN. Pues por eso... porque es imperial y Napoleón era Emperador... Bueno, y quien dice Napoleón, dice de Josefina.

AMAL. ¿De la camarera?

BEN. ¿Qué camarera? De la mujer del Emperador.

AMAL. ¡Quiá! ¡Usted, don Benigno, está mintiendo para disculparle... ¡Merino es un pillo, y hoy doy un escándalo y le enseño la bota á todo el mundo!

BEN. (*Cojeando va hacia ella.*) No, no, (*Horrorizado.*) no haga usted eso que está muy feo. Usted lo que debe hacer, es guardarla donde nadie la vea, no decirle nada á Merino y marcharse al pueblo, y cuando lleguen ustedes al pueblo, la saca usted y le da con el tacón en la cabeza, por granuja.

AMAL. ¡Eso haré! ¡Sí señor!

BEN. Y cuando yo vaya al pueblo le regañaré, y... ya verá usted Merino, ya verá usted... (qué paliza me pega Merino.)

AMAL. Seguiré sus consejos.

BEN. ¡Con que ahora al cuarto, tranquilidad y silencio!

AMAL. ¡Granuja!

BEN. ¿Quién yo? (Cojeando va hacia su cuarto.)

AMAL. ¿Y usted cree que un hombre que anda así anda bien, don Benigno?

BEN. ¡Qué ha de andar bien, señora! (Vanse cada uno á su cuarto, doña Amalia por la primera derecha y don Benigno por la primera izquierda.)

ESCENA V

EL COJO y EL CAMARERO con maleta y manta de viaje, que salen por la segunda izquierda

CAM. ¡Que lleve usted buen viaje, señorito, y á ver si vuelve usted pronto por Madrid!...

COJO (Con traje de viaje.) En cuanto recorra dos ó tres plazas. Ahora voy á Extremadura, á Badajoz; mala plaza; luego me falta hacer la plaza de Valencia y después haré la plaza mayor.

CAM. ¿No está hecha?

COJO No, si la plaza mayor es la de Barcelona ..

CAM. ¿Pero es usted arquitecto?

COJO Soy corredor, hombre. (Andando.) ¿No lo has conocido?

CAM. Como tiene usted ese ligero defecto...

COJO Bueno; pero es que soy corredor de comercio; vamos, comisionista en calzoncillos, calcetines y elásticas...

CAM. En paños menores...

COJO ¡Quita, hombre! ¡En géneros de punto! Conque, toma, Pepe. (Dándole dos pesetas.)

CAM. Muchas gracias. (Guardándose la moneda.)

COJO Adiós y hasta la vuelta.

CAM. Le bajaré á usted la maleta y buscaré un coche.

COJO Vamos andando. (Vanse los dos por el foro.)

ESCENA VI

EL CORONEL PULGAR, que sale por la segunda derecha, con bastón y revólver

El pie izquierdo, sí, yo necesito ver el pie izquierdo de todos los huéspedes del Hotel, y al que tenga un juanete, prúm, púm, púm,

los seis tiros de este revólver. Ella es inocente, pero él, ¡ah! El yo averiguaré quién es. Sí, y don Benigno me ayudará á buscarle, ese es un hombre serio y de edad y sabrá aconsejarme. ¡Ah! ¡Don Benigno! (Llamándole.)

ESCENA VII

DICHO y DON BENIGNO, que sale cojeando por la primera izquierda

BEN. (Dentro.) Merino, ¿eres tú?

COR. ¡Don Benigno!

BEN. (Saliendo.) (¡Cuerno, el Coronel!) ¿Pero, es usted? (Oculta el pie y anda ocultándole toda la escena. Se queda con el pie en alto.)

COR. Lo necesito á usted. Don Benigno, creo que usted es un caballero que se pondrá con facilidad al lado de otro caballero.

BEN. Con facilidad, no, señor, pero me pondré. Ya estoy. (Se arrima á él.) (¿Sabrá que soy yo?)

COR. ¿Usted ve esto? (Le enseña un revólver.)

BEN. (Se separa.) ¡María Santísima!

COR. ¿Qué es esto?

BEN. ¡Yo... no sé... pero parece un revólver!

COR. ¡Sí, señor, para castigar á un criminal! Y usted es...

BEN. (Huyendo.) Yo... (Muy asustado.)

COR. (Le coge.) El hombre que me hace falta para descubrirle.

BEN. (¡Ay!) ¡Cuente usted conmigo para el descubrimiento!

COR. Anoche entró en mi cuarto un infame.

BEN. ¡Ya lo sé!

COR. ¿Cómo que lo sabe usted?

BEN. ¿Pues no me lo acaba usted de decir?

COR. Amedrentado por la enormidad del delito que fraguaba, huyó dejando una bota suya y llevándose una de mi esposa, y al llevarse la de mi esposa, ¿usted sabe lo que ha hecho?

BEN. Sí, señor; ha descabalado el par.

COR. No, señor; ha inferido una herida sangrienta á un Pulgar.

BEN. ¿Pisó á la señora?

COR. No, ha pretendido pisar mi honra; de modo que en cuanto yo sepa quién es, ¿ve usted este revólver?...

BEN. (¡Cáscaras!) (Oculta el pie.)

COR. Seis tiros...

BEN. ¡Seis!

COR. ¡Seis balas!

BEN. ¡Doce!

COR. Las seis en el cráneo.

BEN. ¡Diez y ocho!

COR. ¡Y le cortaré la lengua!

BEN. ¡Diez y nueve! (¡Ay!)

COR. Por lo tanto: «¡Tú has sido! ¡Muere, infame!» (Le coge de las solapas.)

BEN. (Horrorizado.) ¡Yo!... ¡Ay!... ¡Coronel!

COR. ¡No; digo, «¡que, muere, infame!» es lo primero que le digo en cuanto le vea, y prum! ¡Prurumpumpum!

BEN. Pues mire usted, don Roque, yo antes de «¡muere, infame!...» ¡prumpurumpumpum! Le oiría, le hablaría; porque todo puede ser una equivocación.

COR. ¿Cómo equivocación?

BEN. Sí, señor; mire usted; una vez le ocurrió lo mismo que á usted á un amigo mío; entró en su cuarto por la noche y lo primero que vió fué á su mujer durmiendo y debajo de la cama dos botas de hombre.

COR. ¿Y qué hizo?

BEN. Pues cogió las botas y se encontró con que dentro de ellas tenía metidos los piés un teniente de carabineros. Bueno; pues aquello, no fué ni más ni menos que una equivocación.

COR. ¿Cómo una equivocación?

BEN. ¡Sí, señor; una equivocación del teniente que creyó que el marido estaba fuera!...

COR. ¡Y el marido le mataría!...

BEN. ¡Quiá! Hizo más, le cogió en vilo, le bajó la escalera, le dejó en la calle y le dijo: «¡Señor teniente, si sigue usted con esta conducta va usted á dar lugar á que me incomode.» Y claro, el hombre se fué corrido.

COR. Pues yo haré más... yo le mataré.
BEN. ¿Y usted de quién sospecha? Vamos á ver.
COR. De todos. Y lo primero que voy á hacer es registrar todas las maletas...
BEN. (¡Canastos!) ¡Me parece mal!
COR. ¿Mal?
BEN. Sí, señor; porque para matar bien, no debe andarse entre maletas. Tengo un medio mejor.
COR. ¿Cuál?
BEN. ¿Usted tiene la bota de él?
COR. Sí, señor; es de botones y con punteras. Y usted ¿quién cree que puede aquí llevar punteras?
BEN. Punteras... yo...
COR. ¿Usted?
BEN. No. Digo que yo organizaría un baile en el salón del Hotel y obligaría á todos á que bailaran una polka de punta y tacón, y nosotros quietos observando, y al hacer todos así... ¡tarará, tararí! (Tararea.) me fijaría, y en cuanto averiguara quién era, le quitaba la pareja...
COR. ¿Y qué culpa tendría la mujer?
BEN. Digo la pareja de la bota, y con las dos así, le diría: «no niegues,» y en seguida usted, prumprurumpumpum, ¡seis veces!
COR. ¡Magnífico! ¡Gran idea!

ESCENA VIII

DICHOS y el CAMARERO por el foro derecha

CAM. ¡Señoritos!
COR. ¿Qué hay?
CAM. Pues que vengo á ver si saben ustedes algo, porque se ha armado un jaleo atroz con el calzado.
COR. ¡Con el calzado!
BEN. (¡Se armó el lío!)
CAM. Han cambiado las botas á todos los huéspedes y al señorito del doce le falta la del pié izquierdo.

COR. ¡Basta! (¡Ya tenemos al miserable!) Pepe, ¡es él!

CAM. ¿Qué?

BEN. Pepe, ¡es él!

COR. ¡Es un canalla! ¡No digas más!

CAM. Y, precisamente, este becerro se parece... (Fijándose en la bota de don Benigno.)

BEN. ¡Que no digas más, hombre, no lo has oído! (Ocultando el pie.)

COR. Pues, nada, Pepe; puesto que á ese hombre le falta una bota, toma un duro. (Se lo da.)

CAM. ¿Para comprarle otra?

COR. No; para que le digas que suba aquí y le diremos dónde está lo que ha perdido... Que suba, que suba inmediatamente.

CAM. Ya lo creo, en cuanto se lo diga, subirá de cabeza.

COR. Anda.

CAM. ¡Voy!

BEN. Oye, Pepe; (Llevándole aparte.) ¿pesará mucho el señorito del doce?

CAM. No es muy pesado.

BEN. Pues espérale en el hueco de la escalera, por si baja de cabeza también. (Vase el mozo foro.)

ESCENA IX

EL CORONEL y DON BENIGNO

COR. Sí, el del doce es; ya le tenemos. (Va hacia el foro izquierda.)

BEN. (¡Dios mío! ¡Le mata! Y yo necesito ahora meter la pata en cualquier lado, para que no vea el otro que su bota la llevo yo...)

COR. (Bajando al proscenio.) ¡Silencio; ya parece que suben!

BEN. Por Dios, Coronel, acaso merezca que le perdone usted.

COR. Pero para merecer mi perdón, ¿qué podría alegar?

BEN. Puede que sea hijo de viuda.

COR. ¡No trate usted de disuadirme, le machaco!

BEN. (Un grito agudo.) ¡Ah!

COR. ¿Qué?

BEN. ¡Una idea! Yo lo arreglo todo sin que usted tenga que machacar...

COR. ¿Cómo?

BEN. Usted me deja solo con él, yo le interrogo con maña, aprendida al lado de un primo mío que es Juez de instrucción primaria, y yo si descubro que es él culpable, le aviso á usted y á machacar; pero si no lo es, evitemos el escándalo.

COR. Bien; me parece buena idea... En usted confío.

BEN. Aléjese usted.

COR. ¡Ah! ¡Como sea él!

BEN. ¡Prom! (Imita un tiro.)

COR. ¡Eso! (Vase segunda derecha.)

ESCENA X

DON BENIGNO y DON INOCENTE, que sale por el foro izquierda

BEN. ¡Y qué hago yo con este chico! Nada; yo le amedrento, le asusto, y, ó consigo alejarle, ó le hago socio capitalista en este triste negocio.

INOC. (Saliendo.) ¿Da usted su permiso?

BEN. (¡Él! ¡Valor!) ¡Adelante, joven!

INOC. Pues usted disimule, pero yo venía porque me ha dicho el Camarero...

BEN. Usted dispense y permítame que le examine. Talle esbelto, figura arrogante... (Le hace dar la vuelta.)

INOC. (Extrañado.) ¡Qué!

BEN. Facciones correctas... Nariz... ¡Todo lo comprendo!

INOC. (¡Pero cómo me mira este hombre!) Pues me ha dicho el Camarero...

BEN. Caballero, (Cogiéndole la mano.) desde el primer momento en que ví á usted sentí... (¡Canario, esto parece una declaración!) Bueno, digo que me ha sido usted muy simpático desde que le conozco.

INOC. ¡Ah! ¿Pero hace mucho que me conoce usted?

BEN. Ahora mismo; pero es igual; porque yo creo, caballero, que la simpatía nace de la primera mirada que se cruza... (¡Cuerno, esto parece otra declaración!)

INOC. ¿Pero qué está usted diciendo?

BEN. Nada, joven; que sabemos lo que son veinticinco años, y que usted, aquí en confianza, es un calavera...

INOC. ¡Já, já! En Jaca, sí, señor, porque soy de allí.

BEN. Y tengo la seguridad de que usted ha corrido mucho.

INOC. En Jaca, sí, señor.

BEN. ¡Y á pie, tunantón! ¡Y aquí ha querido usted seguir corriéndola!

INOC. No, señor; aquí he venido porque el alcalde y su hijo tienen granos y me envían...

BEN. ¿Por zarzaparrilla?

INOC. No; porque tanto el padre como el hijo, tienen mucha confianza en mí, y me han encargado de unas ventas, y yo, desde que vine, me paso el día en las ventas.

BEN. ¿Del padre y del hijo?

INOC. No, señor; del Espíritu Santo, con una costurera; porque á mí, la verdad, me entusiasman las faldas...

BEN. Nada; usted es; no me cabe duda... Acaba usted de delatarse. Joven, lo sé todo.

INOC. ¿Que lo sabe usted todo?

BEN. Sí, señor. Sé que usted se ha introducido en el cuarto de una hermosísima huéspeda.

INOC. ¿De acuerdo con ella?

BEN. Sin contar con la huéspeda; que llegó el marido, y en la precipitación se dejó usted una bota.

INOC. ¿Yo? ¡Yo no he sido, hombre! (Se sonríe como el que niega lo que ha hecho.)

BEN. Joven, no niegue usted. Como el marido sabe que tiene usted incompleto el calzado, le va á matar á usted.

INOC. Pero caballero, si yo...

BEN. Huya usted, que estoy viendo ya el entierro...

INOC. ¡Caracolitos!

BEN. ¡Es inútil negar; ó á Jaca ó al Este!

INOC. ¿Pero cómo me voy á ir? ¿Y mi bota?

BEN. Su bota de usted está haciendo mucho, pero muchísimo daño.

INOC. Como que tenía un clavo en la plantilla.

BEN. ¿Y usted, por qué no lo ha machacado? (¡Animal!)

INOC. Deje usted. El que la lleve que rabie.

BEN. ¡Ahora, ocúltese usted del Coronel!

INOC. ¡Ah! ¡Pero la mujer de la aventura es la coronela! ¡Bueno, pues entonces me voy!...

BEN. Eso... eso... gracias joven; qué peso me quita usted... feliz viaje... y...

INOC. ¡No, si donde voy es á ponerme bajo la salvaguardia del dueño del hotel y avisar á la policía!

BEN. ¡Demontre! ¡No, joven, por Dios!...

INOC. Ahora verá usted... ¿á mí, por qué me han de matar tras de robarme?...

BEN. Pero, joven... atienda usted...

INOC. ¡Nada, nada! (Vase foro derecha.)

BEN. Y yo que creí que lo había arreglado y lo he agravado, me he fastidiado... pero, ¿de qué manera?... Y avisa á la policía, y con la policía no se puede jugar, es decir, se puede jugar... pero yo soy forastero... Que no encuentro una víctima, ¡ea!

ESCENA XI

DOÑA MARINA, que sale por la segunda derecha; luego AMALIA por la primera derecha.

MAR. ¡Ay, Dios mío! Sea usted virtuosa, sea usted honesta, desprecie usted á millares hombres enamorados de los atractivos de una, para venir luego, y sin saber cómo, inspirar una pasión volcánica, porque debe ser volcánica, y que un joven, porque debe ser joven, sin decirme lo que por mí sufría, vaya y se meta en mi cuarto, loco, porque se necesita estar loco... ¡y yo dormida! Dor-

mida, porque si hubiese estado despierta le hubiese dicho dulcemente: «Joven.» Y él hubiese dicho: «¿Qué?» «Usted me ama, ¿no es cierto?» «¡Sí!» «Pues sufra usted en silencio.» «No es posible.» «Olvídeme usted.» «No puedo.» «Joven, ¿está usted loco?» «Sí; loco por esos ojos, que son luceros.» «¡Joven!» «¡Y esa boca, que es un clavel!» «¡Joven!» «¡Y ese talle, que es una palmera!» «¡Caballero, no siga usted por ahí!» «¡Sí, seguiré porque te amo!» «No, joven, no.» «Sí.» «No.» «Sí.» «No.» Y así nos hubiéramos estado hasta que se hubiera convencido de que soy honesta, virtuosa é inaccesible. Y si no hubiese podido resistir esa pasión, yo le hubiera dicho: «Joven, acabemos de una vez; puesto que es usted desgraciado, váyase usted al viaducto y súbase usted á la barandilla... que ya le cogerán los guardias.» ¡Ay! Qué bien dijo el poeta... Chato... Chato... ¿Qué chato era? ¡Ah! Sí, *Chatobrián*. ¡Ay! ¡Infeliz de la que nace algo agraciada! (Se sienta. Transición.) ¡Pero qué sinvergüenzas son algunos hombres! ¡Qué compromiso! ¡Ay, ay! (Gime.)

AMAL. (Saliendo.) ¡La media ha dado ya, y no vuelve! ¡Ay, ay! ¡Perjuro! (Llora.) ¡Estará con esa infame!

MAR. ¡Ay! ¡Amalia! ¿Era usted, hija?

AMAL. ¡Sí, dispense usted, no sabía que estuviese usted aquí!... ¡Estoy trastornada!

MAR. ¡Hija, y yo! (Llorando las dos.)

AMAL. ¡Ay! ¡Es que si usted supiese lo que me pasa!...

MAR. Pues ¿y lo que me pasa á mí, hija?

AMAL. Y todo por una infame, por una criminal.

MAR. Y á mí por un sinvergüenza.

AMAL. Y los hombres son unos miserables.

MAR. Porque una es guapa, hija, se deciden á las mayores atrocidades, y en este Madrid, qué hombres, qué hombres tan simpáticos hay, pero qué insolentes; y eso que los miro con cara de perro...

AMAL. Lo creo. Pero algunas no hacen eso, ¿y sabe

usted por qué lloro y por qué rabio? Porque mi marido...

MAR. ¡Es *perjurio*!... ¿Verdad?

AMAL. ¡Peor, peor que eso! ¿Sabe usted lo que he encontrado esta mañana en el bolsillo de su batín?

MAR. ¿Alguna carta de amor?

AMAL. ¡La bota de una sinvergüenza!

MAR. ¡Ah! (Horrorosamente asombrada.) ¡Ah! (Grito agudo.) ¡Ah!

AMAL. ¿Qué le pasa á usted?

MAR. ¡Ah! (Otro grito.) ¡Es él! ¡Es él!

AMAL. ¿Pero qué le pasa á usted?

MAR. ¡Silencio, desgraciada! (¡Es él, es él!) Esa bota...

AMAL. ¿Qué?...

MAR. ¡Esa bota es mía!

AMAL. ¿De usted! (Horrorizada.)

MAR. ¡No lo dude usted, se ha enamorado de mí... hija, tenga usted paciencia!...

AMAL. Señora, no diga usted disparates...

MAR. ¿Cómo disparates?

AMAL. ¿Conque es usted?

MAR. Amalia, calma; el amor ciega, pero yo le desprecio. Lléveselo usted; que no vuelva á verme... ¡que no sufra!

AMAL. ¡Qué vergüenza!

MAR. Separémonos... y haga usted...

AMAL. Basta... Adiós, señora... Sé lo que he de hacer. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XII

DOÑA MARINA. Luego DON BENIGNO que sale por la primera izquierda

MAR. ¡Era su marido! ¡El señor Merino! Si debí notarlo. Anoche en la mesa me alargó una patita de pollo y me dijo: «Coronela, esa patita.» Yo creí que se refería á que le pisé sin querer, ¡pero no! ¡Era un obsequio!

BEN. (Saliendo.) ¡Cuánto tarda ese hombre! (Viéndola.) ¡Coronela!

MAR. Don Benigno. ¡Ay, don Benigno de mi alma, usted no sabe lo que pasa!...

BEN. Señora, lo sé todo. Su marido de usted me lo ha contado.

MAR. Pero no sabe usted lo mejor.

BEN. No, ¿qué es?

MAR. Que sé quien es el hombre que osó atentar contro mi honor...

BEN. (¡Caracoles!) ¿Y eso es lo mejor? ¿Y quién es el que *osó?*

MAR. ¡El señor Merino!

BEN. ¡Merino! ¿Y quién se lo ha dicho á usted?

MAR. Su misma mujer.

BEN. (Todo se conjura contra él.) ¿Y usted, qué piensa hacer? (Asustado.)

MAR. Perdonarlo, hijo; sé lo que son pasiones...

BEN. ¡Oh! Corazón magnánimo. Bien hecho.

MAR. Me acuerdo de las palabras de Jesús... Mucho has pecado... pero has amado mucho... *¡Ora pro nobis!*

BEN. *¡Kirie eleysón!* ¡Virtuosa señora! Y, por supuesto, á su marido de usted...

MAR. Ni una palabra: usted procure alejar á Merino.

BEN. ¡Descuide usted! Y qué buena, qué buena es usted.

MAR. Usted me comprende; voy á calmar á mi esposo.

BEN. ¡Sí, vaya usted! (Vase Marina por la segunda derecha.)

ESCENA XIII

DON BENIGNO, luego CAMARERO, que sale por el foro derecha

BEN. Pues señor, cuando venga Merino le van á poner como nuevo.

CAM. (Saliendo.) ¡Señorito, señorito!... ¡Já, já!...

BEN. ¿Qué pasa, hombre? ¿Qué pasa?

CAM. ¡Que dispense usted, que ya sé quién ha armado el lío de las botas!

BEN. ¿Que lo sabes?

CAM. Sí, señor; ha sido el Cojo...

BEN. ¿Qué cojo?

CAM. El Cojo que se ha ido esta mañana á Extremadura.

BEN. ¿El comisionista?

CAM. El mismo. ¡Se conoce que ha perdido la que llevaba en el pié sano y como iba á marcharse, ha cogido la primera que ha encontrado y ha huido!...

BEN. ¡Ay, Pepe, Pepe... Pepito; ven, ven aquí, dame un abrazo; tú me has dado la solución, tú me salvas!

CAM. ¿De qué?

BEN. El, él ha sido. ¡Ay, Pepe! Dame un beso. (Le besa.)

CAM. Pero, señorito... (Huyendo.) ¿Está usted loco?

BEN. ¿Loco? Loco, ¿eh? ¡Oye... Pepe! Ese hombre ha dejado su bota en el cuarto de la coronela.

CAM. ¡Cuerno!

BEN. Claro, y para marcharse ha tenido que coger otra...

CAM. ¡Qué pillo! ¡Pues es verdad!

BEN. Y preferible es que se haya ido... ¡Ay, Pepe! Eres mi padre (Le abraza.) Toma, toma. (Le ofrece dinero.)

CAM. Deje usted...

BEN. ¡Toma, toma... dos perros grandes que tengo... bien los mereces!...

CAM. Muchas gracias, señorito.

BEN. Oye, Pepe; dame un perro grande para cerillas. (Se le da.) No, (Devolviéndosele.) dame el otro, (que éste es el falso) y quédate con ese. Bien lo mereces. (Vase el Camarero.) ¡Me he salvado! ¡Me he salvado! ¡Ya tengo la víctima, ya la tengo! ¡El cojo!... ¡Merino, salvado... el sietemesino, salvado y yo salvado y moyuelo! (Llamando en el cuarto de don Roque.) ¡Don Roque, don Roque! Ahora entro en su cuarto y se lo digo todo. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XIV

EL COJO, que sale por el foro, con manta y maleta

Cojo — Pero cuidado que es desgracia la mía; ser corredor, ir siempre corriendo y llegar tarde á todas partes. Y hoy mismo; salgo de aquí, y cuando llego á la estación oigo: »tilín, tilín.» «Piii, fú, fú.» Y me quedo en el andén, viendo salir el tren para Jaen, digo, para Badajoz... Nada, que por lo visto tengo mala pata. (Cojeando.) Y lo que siento es que iba á comprar una partida de calzoncillos muy barata y si se me adelanta Gutiérrez, me deja sin ellos. En fin, aquí me quedo hasta la tarde. Dejaré la maleta. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XV

DOÑA MARINA y DON BENIGNO, que salen por la segunda derecha

Mar. — ¡Ah! ¡Don Benigno, qué ingenio, qué talento el de usted!

Ben. — Gracias.

Mar. — ¡Cómo ha salvado usted á su amigo, echándole la culpa de todo al Cojo!... ¡Ah! No me lo niegue usted, eso del Cojo es obra de usted.

Ben. — No, señora; creo que es de un porrazo.

Mar. — Pero esa mentira la ha inventado usted para salvarnos.

Ben. — Naturalmente, para salvarnos.

Mar. — ¡Ay! ¡Don Benigno, nazca usted hermosa para que le pasen estas cosas!

Ben. — No, si cómo hermosa lo está usted, y sobre todo la favorece á usted mucho ese traje claro.

Mar. — ¡Ah! Pues si me viera usted de blanco: siempre he vestido de blanco y todos, todos me decían de soltera: «Mírala; parece la Mar-

garita del *Fausto*, no la falta más que el huso.

BEN. (Y la rueca.) Ahora lo que hay que impedir es que su marido de usted vaya á Extremadura á matar al Cojo, como quiere.

MAR. ¿Y qué le digo para impedirlo?

BEN. Pues dígale usted que con lo irritado que está y con lo que pican allí los embutidos, es una barbaridad ir á Extremadura.

MAR. Eso, eso. ¡Qué talento! Deme usted un abrazo.

BEN. No; que puede salir el Coronel y creer... vaya usted, vaya usted á convencerle.

MAR. Voy corriendo. Adiós.

BEN. Adiós, Margarita... silvestre... (Vase Marina por la segunda derecha.)

ESCENA XVI

DON BENIGNO, luego EL COJO, que sale por la segunda izquierda

BEN. Pobre Cojo, le he puesto de criminal y de granuja que no hay por donde cogerlo, y es claro, el Coronel se lo ha creído. A estas horas irá tan tranquilo en el coche arrastrado por la locomotora, piii, piii...

COJO (Saliendo.) ¡Hola! un huésped. ¡Qué sorpresa en cuanto me vea!

BEN. Piii... piii... ¡Ah! (Da un grito y cae en una silla.)

COJO (¡No lo decía yo!) ¡No extrañe usted verme!

BEN. ¡El! ¡El! ¡Dios mío! El Cojo aquí.

COJO He perdido el tren.

BEN. ¡Y se ha perdido usted!

COJO Yo, no, señor; si me fuí Prado abajo; pero llegué tarde.

BEN. Joven, corra usted, huya usted.

COJO ¿Pero dónde?

BEN. A Extremadura, al Congo; á cualquier parte; pero huya usted, que puede venir.

COJO ¿Pero quién?

BEN. Su matador.

COJO ¿Mi matador? ¿Pero cree usted que soy torero?

BEN. Joven, le creen á usted afortunado en amores, aunque es usted desgraciado en el juego.

COJO Pero si yo no juego...

BEN. En el juego de la pierna, digo, y aunque tenga usted buena muleta...

COJO No, señor; no la uso, mire usted. (Cojea.)

BEN. Señor Cojo, que le van á romper á usted la otra pata.

COJO ¿A mí, por qué?

BEN. ¿Usted no se iba á Badajoz?

COJO Sí, señor; á comprar una partida de calzoncillos muy barata y ya será inútil ir, porque si se ha adelantado Gutiérrez me deja sin calzoncillos.

BEN. ¡No importa; váyase usted, yo le daré á usted unos míos! Corra usted, corra usted, que viene.

COJO ¿Pero quién, hombre?

BEN. El vengador.

COJO (Este tío está loco.) (Se retira al foro.)

ESCENA XVII

DICHOS y DOÑA MARINA, por la segunda derecha

MAR. (Saliendo.) Don Benigno, ya está; ya le he convencido, estamos salvados; ya no va á Extremadura.

BEN. Ya no va, no señora, ni falta que hace.

MAR. ¿Por qué?

BEN. Porque, mire usted.

MAR. ¡Ah! (Da un grito y cae en una silla.) ¡El Cojo!

COJO ¿Pero, hombre, qué tendré yo que asusto?

BEN. Señora, arréglelo usted; yo voy por mi maleta y salgo escapado. (Vase por la primera izquierda.)

MAR. ¡El Cojo!... ¡La catástrofe! ¡Ay, ay!

COJO (Se acerca á la coronela.) ¡Señora! ¿Qué le pasa á usted?

MAR. Joven, la honra, un crimen, mi marido preso, ¡usted muerto!

COJO ¿Pero qué dice esta mujer?

MAR. Joven, huya usted.
COJO ¡Caracoles, también esta!
MAR. ¡Pero usted no se había ido á Badajoz?
COJO No, señora; he llegado tarde...
MAR. ¡Váyase usted; huya usted! ¡Que lo matan, que lo matan!
COJO (Asustado mirando á todas partes.) ¿Pero quién?
MAR. ¡Que viene, sálvese usted, corra usted! (Vase segunda derecha.)

ESCENA XVIII

EL COJO, luego El CORONEL, que sale por la segunda derecha

COJO Ésta está más loca que el otro. «¡Váyase usted, huya usted!» Pues no me da la gana, ¡ea! ¿Si será cosa de marcharse de veras?
COR. (Saliendo, y al ver al Cojo queda sorprendido.) ¡Ah!
COJO (Asustado.) (¡A que me dice que me vaya!)
COR. ¿Conque está usted aquí? ¡Cuánto me alegro! (Con ironía.)
COJO (¡Gracias á Dios que se alegra uno!)
COR. ¡Porque así podré matarle!
COJO ¡Demonio!... Matarme. (¡Éste debe ser el matador!) Me choca, caballero, que...
COR. Naturalmente que le chocará á usted, porque usted creería que yo era un cobarde... ¿eh?
COJO Yo no creía nada... pero como todos me dicen que corro aquí un peligro... y yo no puedo correr porque no tengo enemigos...
COR. ¡So... cínico!
COJO Su señora de usted me ha dicho que huya... pero yo no quiero.
COR. De modo que ha vuelto usted á esperar el peligro...
COJO No, señor; á esperar el mixto de las siete... y cogerle...
COR. No lo cogerá usted.
COJO ¡Es que me iré una hora más temprano!
COR. ¡Señor Cojo, encomiéndese usted á Dios!
COJO ¡No me da la gana! ¡Usté está loco!
COR. ¡Loco! ¡Muere, miserable! (Le coge de la solapa y le zarandea, amenazándole con un revólver.)
COJO ¡Socorro! ¡Que me mata!

ESCENA XIX

DICHOS, DON BENIGNO por la primera izquierda, DOÑA MARINA por la segunda derecha y DON INOCENTE por el foro izquierda; los tres salen casi á la vez

MAR. (Saliendo.) ¡Roque, por Dios... detente!
BEN. (Saliendo.) ¡Suéltele usted, Coronel, que es inocente! (Separándolo.)
INOC. (Saliendo.) No; yo no he sido. Yo soy de Jaca.
COJO (Asustado.) Era un *bull-dog*.
BEN. ¡No le llame usted perro, hombre!
COJO ¡Si digo el revólver!
MAR. ¡Cálmate, cálmate! Roque... que no es este el criminal.
COR. ¿Que no?
BEN. No, señor; hemos averiguado que no es cojo.
COJO ¿Que no soy cojo?
BEN. Cojo, sí; pero no es usted criminal...
COJO ¡Yo qué he de ser!... Yo soy comisionista... altas novedades.
COR. ¿Y por qué me había usted dicho que era éste el infame?
COJO ¡Ah!... En géneros de punto.
MAR. ¡Calle usted, hijo!
BEN. Pues yo lo dije por salvar á otro.
MAR. Roque, voy á decir la verdad, ya que no podemos salvar á su amigo.
BEN. Dígalo usted todo; le encargaremos unas misas, y sea lo que Dios quiera.
MAR. Pues ha sido el señor Merino.
COR. ¡Su amigo de usted!
BEN. Sí, señor. ¡Él!
COR. ¿Y dónde está, dónde está ese hombre?

ESCENA XX

DICHOS y SEÑOR MERINO, que sale por el foro con un par de zapatos envueltos en un papel

MER. (Saliendo.) ¡Señores!
BEN. ¡Abrete, tierra!
COJO ¡Lo tritura! ¡Lo tritura!
MER. ¡El Coronel! (Escondiendo los zapatos.)
COR. Venga usted acá. ¡Canalla! ¡Y no esconda usted eso! Lo sé todo.
MER. ¡Ah! ¿Pero lo sabe todo? (A don Benigno.)
BEN. ¡Sí! Creo que sí, no sé...
MER. Pues usted dispense, Coronel; sé que lo que he hecho es en contra de usted; pero yo estas cosas no las hago más que con los amigos...
COR. ¿De modo que confiesa usted que entró en mi cuarto?
MER. ¡Yo!...
BEN. (¡Dí que sí... que yo le sujeto!)
MER. (¡Quita, hombre!) ¡No, señor; yo no he sido!
MAR. ¡No lo niegue usted, sabemos lo que es una pasión!
MER. ¡Qué pasión, ni qué zanahorias, señora! ¿Quién ha dicho que he sido yo?
MAR. ¡Su esposa de usted me lo ha dicho!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DOÑA AMALIA, que sale por la primera derecha

AMAL. (Saliendo.) ¡Yo, sí, que te encontré en un bolsillo la bota!
MER. ¡Pero si esa bota es la que me dió Benigno!
COR. ¡Usted!
BEN. No, no...
COR. ¡Ah, granuja!
BEN. ¡Por Dios, Coronel, no me haga usted daño!
COJO ¡Lo tritura! ¡Lo tritura!
MAR. ¡Cálmate!
BEN. ¡Señores, perdón! ¡Sí, yo he sido, la verdad!

Yo perdí las cerillas, y entré por equivocación en su cuarto. ¡Esto es todo! Si por esto merezco los dieciocho tiros, guárdese usted muy bien de tirármelos, que se va usted á quedar sin municiones.

COR. ¿De modo que no ha entrado usted más que por equivocación?

BEN. ¡Mírele usted la cara á su señora!

COR. ¡Es verdad!

MAR. ¿Qué?

BEN. Nada, que es verdad. Conque ustedes dispensen. (Al público:)

Si la suerte es favorable,
y el público, siempre amable,
nos dispensa sus favores,
falta lo más agradable:
aplaudir á los autores.

TELÓN

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

CARLOS ARNICHES

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Calderón.
Nuestra Señora.
¡Victoria!
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Las campanadas.
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses (1).
Los Puritanos.
El pie izquierdo.

CELSO LUCIO

A vista de pájaro.
El gorro frigio.
Boulanger.
Un vaso de agua.
Calderón.
Pan de Flor.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Claveles dobles.
Los secuestradores.
Los aparecidos.
El Gran Capitán.
Vía libre.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses (1).
Los Puritanos.
El pie izquierdo.

(1) En colaboración con Gonzalo Cantó.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.